

un hortelano ó de otros modos pero siempre se daba á conocer.—Sus visitas llevaban la calma y dejaban al alma llena de consuelo. 3.º El objeto de estas visitas era afirmar la fe y preparar para nuevas pruebas. Cuando visita á los hombres apostólicos, ordinariamente es para ejercitarlos á hacer grandes cosas y á sufrir por la gloria de su Nombre.

MEDITACIÓN XCIV

*Ascensión de nuestro Señor Jesucristo.
Contemplación*

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—«Jesús condujo, pues, á sus discípulos á Betania y levantando sus manos los bendijo; y después de haberles dado su bendición se separó de ellos, y le vieron elevarse al Cielo y una nube le ocultó á su vista (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el monte Olivete y sobre esta montaña un gran número de discípulos.

TERCER PRELUDIO.—Elevemos nuestros corazones á Jesucristo y supliquémosle que nos inspire un ardiente deseo de verle un día en la gloria.

PUNTO I

Contemplar las personas

Multitud grande de discípulos del Salvador cubren el Monte santo, llenos de alegría por la presencia de Jesús, y apenados también por el temor de perderle. Algunos dudaban todavía; pero la mayor parte se hallaban plenamente convencidos de la

(1) Luc., XXIV, 50, 51, Act., I, 9.

Resurrección. ¡Con qué sentimientos de contento, con qué expansión y amor contemplan á su divino Maestro! ¡Qué atentos á todas sus palabras, á todos sus movimientos!... Mirémosle nosotros también: ¡Qué dulzura, qué majestad! ¡Qué radiante su divino rostro! ¡Qué resplandecientes sus llagas! Fijemos también la vista en los dos ángeles vestidos de blanco que vienen á sacar á los Apóstoles y demás discípulos del asombro en que se hallaban y darles una instrucción de que ellos supieron aprovecharse bien. ¡Ah! Aprovechémonos también nosotros. Veamos, en fin, á los Apóstoles y demás discípulos descendiendo de la montaña, llenos de alegría, retirándose á Jerusalén para prepararse á recibir al Espíritu Santo.

PUNTO II

Escuchar las palabras

Jesús hace sus últimas recomendaciones á sus Apóstoles. Abre un vasto campo á su celo antes de ponerles ante sus ojos la imagen de la gloria, que será la recompensa. Nunca su lenguaje ni sus palabras han revelado en Él al Señor y dueño del universo tanto como en esta ocasión: «*Todo poder me ha sido dado en el Cielo y en la tierra. Id, pues, por todo el mundo, predicad el Evangelio á toda criatura, instruid á todas las naciones, bautizadlas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles á practicar todas las cosas que Yo os he prescrito....* Este trabajo sería superior á vuestras fuerzas si quedaseis abandonados á vosotros mismos; pero no temáis, que mi amor lo ha previsto todo; además de que os enviaré mi Espíritu, que os comunicará una fuerza á la que todos los obstáculos cederán, *he aquí que Yo mismo, á pesar de subir al Cielo, adonde voy á prepararos las moradas que os esperan, quedo con vosotros, hablando por vuestra boca, obrando por*

vuestros ministerios, y esto no de paso, sino *siempre*, hasta la *consumación de los siglos*.»

Yo, yo mismo me hallaba entonces presente en el pensamiento de Jesucristo entre la innumerable multitud de obreros evangélicos, á quienes había de llamar en la sucesión de los tiempos para continuar la misión de los Apóstoles.... Yo era también uno de aquellos á quienes animaba de esta manera.... ¿Qué tengo, pues, que temer? ¿No ha cumplido El fielmente sus promesas desde hace veinte siglos? ¿No ha justificado la confianza que en El tienen la Iglesia y todos los buenos Sacerdotes?

Oigamos también á los ángeles que vienen á arrancar á los discípulos de su estupor, de la dulzura de aquel éxtasis maravilloso: «*Varones de Galilea, ¿por qué os detenéis aquí mirando al Cielo?* El tiempo de subir allá y de participar de la dicha de vuestro Maestro todavía no ha llegado; id á merecerlo por vuestros trabajos y aun por el sacrificio de las más santas delicias.» Un Apóstol es un hombre activo y no puede hacer de la contemplación su estado permanente. ¿Qué pérdida hubiera sido para el mundo si aquellos á quienes hablan los celestiales mensajeros hubiesen quedado en la montaña, donde tan bien se hallaban aun después de haber dejado de ver á Jesús! Oremos, pero obremos; obremos, pero conservemos siempre el pensamiento de Dios y el espíritu de oración. Si nuestros corazones están habitualmente elevados al Cielo, nuestras acciones nada perderán, sino que serán más fervorosas y más útiles.

PUNTO III

Considerar las acciones

Jesús, levantando sus manos, bendice á sus discípulos.... ¿Qué es lo que pasa en este momento en sus corazones? Al bendecirlos comienza á elevarse, y sigue luego elevándose más y más.... *Et ferebatur in cælum*: y era llevado al Cielo.... ¿Qué espectáculo

aquell... ¡Qué sorpresa, aun para aquellos que le habían visto andar sobre las aguas del mar y obrar tantos otros prodigios! ¡Jesús está con sus discípulos, les habla y ellos le escuchan con admiración y después.... ¡oh! después se eleva poco á poco por los aires...! Sube al Cielo, de donde había bajado...., vase adonde ellos no pueden ir ahora, pero adonde le seguirán un día no lejano.

Et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Jesús desaparece de la vista de los discípulos; ese admirable espectáculo se ha acabado ya para la tierra, mas comienza para el Cielo.... Los ángeles, los arcángeles, todas las potestades del Cielo salen á recibir á su Rey, vitoreando su triunfo.... Todos los justos que murieron desde el principio del mundo y todos los que resucitaron con el Salvador, se reúnen y forman un acompañamiento gloriosísimo... Abrios, puertas eternas: he aquí el Rey de la gloria con su corte; es el Señor fuerte y poderoso en los combates...., es el Cordero de Dios inmolado...., es Jesús, el Libertador de su pueblo, el Redentor del género humano que va á sentarse á la diestra de su Padre y tomar posesión de su Reino para Sí y para todos los que quisieren recoger los frutos de su Redención. Los ángeles redoblan sus conciertos, y los santos que Jesús introduce con El en la gloria se sumergen y abisman en el gozo de su Señor.... Desde este momento el Cielo queda abierto, pero para entrar en él es necesario seguir el camino que el Salvador nos ha trazado....; cubierto está de espinas, pero miremos al término.

Tunc reversi sunt Hierosolymam a monte qui vocatur Oliveti (1). El escritor sagrado no omite esta circunstancia. ¡Oh, qué recuerdos nos trae este monte de las Olivas! Al pie de él fué donde los Apóstoles habían visto á su Maestro pálido, postrado, agonizante, y luego preso, amarrado y llevado como un criminal. No tenemos, pues, que temer las humillaciones ni los padecimientos; de ellas debemos partir para llegar al

(1) Act., I, 12.

Cielo. Sin embargo, en esta misma montaña fué donde los Apóstoles se postraron para adorar á su Divino Maestro al subir á la Gloria Celestial. Vuélvense de allí los discípulos á Jerusalén, llena el alma de gozo. *Regressi sunt... cum gaudio magno* (1). Todo lo que han visto y oído ha hecho revivir en ellos la fe, reanimado su esperanza, inflamado su caridad... Procuremos también nosotros tomar parte en su felicidad... El que acaba de subir al Cielo es nuestro Maestro, como lo era de ellos; ha subido allá por nosotros tanto como por ellos; trabajemos como ellos en darle á conocer y en ganarle corazones. *Quia Christi ascensio nostra propectio est, et quo processit gloria capitis, eo spes vocatur et corporis; dignis, dilectissimi, ecultemus gaudiis, et pia gratiarum actione lætemur. Hodie enim non solum paradisi possessores firmati sumus, sed etiam cœlorum in Christo superna penetramus: ampliora adepti per ineffabilem Christi gratiam, quam per diaboli amiseramus invidiam* (2).

COLOQUIO con Jesucristo, que recibe la magnífica recompensa de sus trabajos y penas en su triunfante Ascensión. Adorémosle con los ángeles y con todos aquellos que son admitidos á contemplar su gloria. Supliquémosle nos dé también á nosotros aquella bendición que dió á sus Apóstoles al separarse de ellos, y que sea para nosotros como para ellos, la prenda de la eterna bendición prometida al celo y á la fidelidad de sus santos ministros..... ¡Oh Jesús! Desasidnos de todo lo que es terrenal; atraed hacia Vos nuestros afectos todos; haced que todos nuestros deseos, todos nuestros suspiros sean sólo para Vos... y para la gloria sin fin donde vivís y reináis por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Luc., XXIV, 52.

(2) S. Leo, *De Asc. Dom. Sermon.*, 1.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas.*—Todos los discípulos de Jesucristo se hallan poseídos de dos afectos contrarios: alegría al contemplarlo y tristeza al perderle.—Jesucristo... ¡Qué dulzura! ¡Qué majestad! ¡Su rostro se halla radiante y todo su exterior manifiesta bienaventuranza!. Dos ángeles vestidos de blanco.—Los discípulos descenden del monte llenos de alegría y van á prepararse para recibir al Espíritu Santo.

PUNTO SEGUNDO.—*Escuchar las palabras.*—Últimas recomendaciones de Jesucristo á sus apóstoles: *Toda potestad me ha sido dada en el Cielo y en la tierra... Id, pues, por todo el mundo; instruid, bautizad: Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos.* Oigamos á los dos ángeles: *Varones de Galilea ¿por qué os detenéis mirando al Cielo?.. ¡Qué pérdida para el mundo si aquellos discípulos que oyeron estas palabras se hubieren quedado sobre la montaña! Sacrifiquemos las más santas delicias á la gloria de Dios y por la salvación de nuestros hermanos.*

PUNTO TERCERO.—*Considerar las acciones.*—Jesucristo levanta las manos, bendice á sus discípulos y se eleva por los aires... sube al Cielo de donde había bajado. *Una nube* lo oculta á su vista. Tan admirable espectáculo ha terminado para la tierra, pero comienza para el Cielo... Jesucristo va á sentarse á la diestra de su Padre Celestial siendo vitoreado por todos los coros de los ángeles y santos que entran con El en la Gloria como formando su cortejo. Entonces los apóstoles, *descendiendo del Monte de los Olivos volverán á Jerusalén...* Al pie de este monte habían contemplado los discípulos á su Maestro pálido, agonizante y poco después cargado de cadenas.. Del sufrimiento partió para arribar á la bienaventuranza eterna.

MEDITACIÓN XCV

El buen Sacerdote en el Cielo

- I. No puede ya padecer ningún mal.
- II. Ni tendrá ya más bienes que desear.
- III. Ni temerá cambio alguno en su felicidad.

PUNTO I

En el Cielo ya no hay mal alguno que padecer

Es cierto que para llegar allí el buen Sacerdote siguiendo los pasos de Jesús, ha debido atravesar una vida que ha sido una cadena de penas y tribulaciones: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei* (1). Pero al fin se ve ya en el término de todas sus pruebas. Ahora sí que se le puede decir: *Non accedet ad te malum*. Así es; en el Cielo ya no hay más sufrimientos, ni más penas ni dolores para el cuerpo, ni para el corazón, ni para el alma... ¡Oh, y de qué peso quedará descargado el buen Sacerdote!—Padecimientos del cuerpo: tan múltiples y variados son aquí en la tierra los males del cuerpo, de tantas maneras van consumiendo y gastando nuestra vida, que nuestra existencia en este mundo bien pudiera llamarse muerte prolongada mejor que vida: *Quaedam prolixitas mortis...* (2)—Sufrimientos del corazón: disgustos, fastidios, sinsabores amargos, muchas veces ocultos bajo una apariencia de prosperidad envidiable.... Apenas se cierra una llaga, cuando muchas otras se vuelven á abrir.—Sufrimientos del alma: obscuridades, pesadeces, tentaciones importunas, inclinación al mal, debilidad ó impotencia para el bien, angustias interiores, que á más de un Sacerdote santo han hecho exclamar al pie del Crucifijo: *Deus*

(1) Act., XIV, 21.

(2) S: Greg., Homil. 97 in Evang.

meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? ¡Oh! Qué verdad es que nuestro estado presente á ninguno ofrece sino vanidad y aflicción de espíritu: *Universa vanitas et afflictio spiritus!* Pero Aquel que estaba sentado en el trono ha dicho: «He aquí que hago nuevas todas las cosas. Ya no se escucharán más gemidos de angustia ni gritos de dolor, porque al primer estado de sufrimiento cederá otro mejor ó de verdadera alegría» (1). ¡Ah! tu vida, Sacerdote fiel, va pasándose entre lágrimas; pero mira, la mano que pronto va á enjugarlas y secar la fuente de todas ellas es la mano del mismo Dios (2). Consolémonos, pues, con la esperanza de que un día ha de llegar, y no está lejano, en que gozaremos de esa dichosa Jerusalén, donde la fe nos enseña que todos nuestros males han de pasar, pero han de pasar como un sueño y pasar para no volver más.

Allá, en el seno del descanso y de la felicidad eterna, Jesús conserva las cicatrices de sus llagas como recuerdo grato, y glorioso trofeo de sus victorias... ¡Aun recuerdan con satisfacción San Lorenzo y los otros mártires los horribles instrumentos de su suplicio, y el obrero evangélico la parte del campo de la Iglesia que se confió á su celo y que con tanto trabajo cultivó; esta es ahora la parte de su recompensa (3). Así como un hombre que ha alcanzado la libertad se acuerda con placer de las amarguras y trabajos que pasó en la cárcel, y el piloto, cuando entra en el puerto, de los peligros que ha corrido en el mar, así también en el Cielo, de todos nuestros pasados males, sólo nos quedará un recuerdo consolador; de todos nuestros combates, sólo coronas; de todos nuestros peligros, sólo una dulce seguridad.

(1) *Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio omnia.* (Apoc., XXI, 5)—*Neque luctus, neque clamor... erit ultra, quia prima abierunt* (Ibid).(2) *Absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum.* (Apoc., VII, 17.)(3) *Lætati sumus pro diebus, quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala.* (Ps., LXXXIX, 15).

PUNTO II

En el Cielo no tendrá más bienes que desear

El Cielo es el complemento, la hartura de todos los deseos; el hombre todo, espiritual y corporal, halla en él la bienaventuranza más completa. Estemismo cuerpo, hoy tan material, tan sensible al dolor; este cuerpo de pecado, cuyos groseros apetitos es necesario domar con tanto trabajo, reduciéndole á servidumbre bajo la ley de la mortificación, reformado entonces según el modelo del cuerpo glorioso de Jesucristo, habrá adquirido el resplandor del sol, la agilidad de los vientos, la sutileza y la impasibilidad de los ángeles. Pero la mayor parte y la más estimada de las delicias del Cielo está reservada para el alma, como que á ella propiamente pertenece el mérito.

1.º ¡De qué gozo, efectivamente, no se verá inundada el alma del Sacerdote fiel cuando su *memoria* le recuerde y le represente la imagen de las gracias, á que ha correspondido fielmente, las tentaciones que ha superado, el mal que ha sabido evitar, las virtudes que ha practicado!... ¡Cómo le agradará el volver á considerarse en medio de aquellos niños, de aquellos ignorantes á quienes con tanta paciencia instruyó, de tantos enfermos como visitó y asistió en los últimos momentos de su vida!... Las penas, las humillaciones, las contrariedades, y todo género de males habrán pasado. ¡Oh santas aflicciones! ¡Oh gloriosos desprecios! ¡Oh dichosos sufrimientos y trabajos!... sin vosotros me hubiera perdido. Vosotros me habéis purificado, desasido del mundo y de mí mismo.... Vosotros me habéis salvado. ¿Dónde estaría yo si hubiese sucumbido á tal tentación, ó resistido á las inspiraciones de la divina gracia?

2.º Su *entendimiento* verá á Dios, *no en apariencia ni en enigma y como en un espejo, sino cara á cara.*

Lo conocerá como debe ser conocido (1). Criados para conocer la verdad, cuando la entrevemos en la tierra nos extasia llenándonos de gozo. Recordemos la dicha que experimentó un Arquímedes ó un Newton, el consuelo de un Santo Tomás cuando hallaban algún descubrimiento en las ciencias....; recordemos sobre todo aquellos éxtasis de los Santos.... ¡Oh! Si un débil rayo de verdad, escapado, por decirlo así, á través de tantas nubes como la encubren, puede causar tan dulces emociones en un tiempo en que el alma se halla como sepultada en la materia... ¿qué, será cuando, rasgado el velo de esta carne, el alma, libre de las ilusiones de los sentidos, sea introducida en la claridad eterna y llegue á contemplar á Dios tal como es, *sicuti est* (2), en todo el esplendor de sus infinitas perfecciones?... Entonces será cuando, abarcando con una sola mirada todo el conjunto de los designios del Señor y comprendiendo plenamente toda la extensión de su amor al hombre, penetraremos en las profundidades de esos misterios, que son ahora el ejercicio de nuestra fe... Iremos pasando de admiración en admiración, de éxtasis en éxtasis, al presentársenos á cada instante nuevos conocimientos que nos irán dando nuevos aumentos de indecible felicidad.

Entonces, dice San Agustín, alabaremos á Dios, *laudabimus*; pero ¿por qué? Por su misma naturaleza, por sus infinitas perfecciones, por sus atributos, por su sabiduría más profunda que los abismos; por su justicia, más elevada que las montañas; por su bondad, más extendida que la tierra y los Cielos....; por todas sus inefables perfecciones, resumidas, por decirlo así, en su infinita santidad. *Sanctus, sanctus, sanctus*.... Le bendeciremos por todo, por habernos hecho hombres, cristianos, Sacerdotes....

(1) *Videmus nunc per speculum in enigmate: tunc autem facie ad faciem. Nunc cognosco ex parte; tunc autem cognoscam sicut et cognitus sum.* (I Cor., XII, 12.)

(2) I Joan., III, 2.

pero particularmente por habernos santificado, le bendeciremos en especial por las humillaciones y sufrimientos que nos ha proporcionado. Entonces veremos y conoceremos el amor tierno, que para con nosotros ejercitaba en los goztes misericordiosos, con que tan buen Padre nos hería. Todo, hasta nuestras miserias y nuestras debilidades, nuestras tentaciones y aun, hasta cierto punto, nuestros mismos pecados, que manifestaron su paciencia y su bondad para con nosotros, todo, en fin, será para nosotros motivo de alabarle, de bendecirle por los siglos de los siglos. Pero ¿qué son todos estos gozes del espíritu comparados con los del corazón? *Amabimus.*

3.º *La voluntad* poseerá á Dios con el amor del más puro goze, y poseerá en El todo bien. El amor es la vida y la felicidad del corazón humano, tanto más feliz cuando ama, cuanto el objeto que ama es más perfecto y más perfectamente lo posee. Pues ¿quién podrá decirnos cómo se ama en el Cielo? Un poco del amor de Dios en nuestro valle de lágrimas es causa ya de tanta felicidad..., como la que experimentaba el gran Apóstol de la India San Francisco Javier, cuando exclamaba: *Basta, Señor, basta.* Y, sin embargo, no es así como se ama en el Cielo, no es así como Dios ama á los bienaventurados. Dios se da todo entero á su fiel servidor, y se sirve de todos sus encantos, de todo su poder para hacer su felicidad. «Entra en mi gozo, le dice, porque mi gozo no podría entrar en ti; participa de mi felicidad, no pongas límites á tus deseos, que yo no los ponga á mis beneficios. Abístate en mi inmensidad; piérdete dichosamente en mi ser, y vive de mi misma vida; siempre harto y siempre ávido, desea y posee, posee y desea siempre más y más...» ¿Qué será, pues del alma en medio de este océano de indecibles delicias?... ¡Qué emociones! ¡Qué continuidad de divinos deliquios! ¡Con qué entusiasmo se manifestará su reconocimiento en la armonía y fuego de sus cánticos!...

PUNTO III

En el Cielo no tiene que temer cambio alguno en su felicidad

Los placeres y gozes de la tierra son de poca duración, se pasan en un instante; las fortunas más seguras suelen á lo mejor venirse abajo; no, no hay felicidad durable, constante, sino en la Patria Celestial; aquella es nuestra verdadera patria. *El reinado de Jesucristo no se acabará jamás* (1); y el trono de sus escogidos es tan inmutable como el suyo; así lo ha prometido el mismo Dios: *Justi autem in perpetuum vivent* (2).

Los gozes y alegría del Cielo son eternos.... ¡Oh dulcísimo y consolador pensamiento! Yo no sufro ya más..., y ya nunca más sufriré; soy feliz y lo seré eternamente.... Vos, Señor, me amáis..., y yo os amaré siempre!.... Soy todo vuestro, y Vos, Señor, sois todo mío, y nada en adelante podrá separarnos al uno del otro. Estoy seguro, *certus sum*: ni la vida, ni la muerte, ni lo que hay de más elevado, ni lo que hay de más profundo, ni las cosas presentes, ni las futuras, nada absolutamente hay que pueda privarme de mi felicidad, ni aun siquiera disminuirla. «¡Oh día hermosísimo de la eternidad, día sereno, que la noche no obscurece nunca y que ilumina siempre la soberana Verdad!...! ¿Cuándo lucirás para mí? (3) Ni el ojo ha visto, ni la oreja ha podido oír, ni el corazón del hombre comprender lo que Dios ha preparado para los que le aman.» (4)

(1) *Et regni ejus non erit finis.* (Luc., I, 33.)

(2) Sap., V, 16.

(3) *O dies eternitatis clarissima, quam nox non obscurat sed summa veritas semper irradiat!... O utinam dies illa illuxisset!* (Imit., I, III, c., XLVIII.)

(4) *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis qui diligunt illum.* (I Cor., II, 9).

Luego si esto es así, nada hay que yo no deba sacrificar para alcanzar esta eternidad, estos bienes sin fin. Oigo al Salvador que me dice: «Hijo mío, no te dejes abatir por los trabajos, que has abrazado por mí..., sino consuélate y animate siempre con mis promesas...; las penas y trabajos presentes no duran siempre, ni siquiera por mucho tiempo; espera un poco y verás que pronto terminan todos los males. Haz bien lo que haces, esfuérzate en ser en mi viña trabajador infatigable; yo mismo seré tu recompensa. Escribe, lee, canta, gime, guarda silencio, ora, sufre con paciencia las adversidades; la gloria eterna merece ser comprada con esos y otros mayores combates. ¡Oh si hubieses visto la gloria con que son coronados mis Santos!.. Están ahora gozando de un gozo puro, de una seguridad inalterable, de un descanso eterno» (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*En el Cielo ya no hay mal alguno que padecer.* Ni en el cuerpo, ni en el corazón, ni en el alma.—*Padecimientos del cuerpo.* La vida ¿es otra cosa que una muerte prolongada?—*Sufrimientos del corazón:* son tanto más penosos cuanto más cubiertos se hallan de bellas apariencias.—*Sufrimientos del alma* que habrán arrancado á más de un imitador de Jesucristo este lastimoso grito: *Dios mío, Dios mío, ¿me habéis, pues, abandonado?...* ¿Cuándo llegará el día que podamos decir que todos nuestros males han pasado ya para no volver jamás?

PUNTO SEGUNDO.—*No se pueden desear más bienes.*—El Cielo es el complemento y la saciedad de todos los deseos: el hombre lo mismo en la parte espiritual que en la material gozará la más completa bienaventuranza. ¡Qué transformación más admirable para el cuerpo, pero de una manera especialísima que delicia experimentará el alma!—¿Qué nos recordará la memoria? ¡Oh santas aficciones! ¡Oh Cruz! Sin vosotros me hubiere perdido para siempre. *Gozo de la inteligencia;* será

(1) Imit., I, III, c. XLVII.

iluminada y verá claramente la verdad. Pasaremos de admiración en admiración. Entonces bendeciremos al Señor muy especialmente por estas pruebas de las cuales ahora estamos á veces como tentados de quejarnos. La voluntad poseerá á Dios y en Dios poseerá al sumo y único Bien.

PUNTO TERCERO.—*No puede variar la felicidad.* El Reino de Jesucristo y de sus fieles servidores jamás tendrá fin. ¡Oh! dichoso día de la eternidad; ¿cuándo empezarán para mi tus inestinguibles resplandores; ¿Ni el ojo vió, ni el oído oyó ni el corazón ha podido comprender la dicha que Dios tiene preparada para los que le aman.

MEDITACIÓN XCVI

Jesucristo es el amigo del Sacerdote

I. Como el Salvador cumple para con nosotros los deberes de la amistad.

II. Como debemos nosotros cumplirlos para con El.

¿Quién no se juzgaría dichoso si pudiera tener el convencimiento de que el Hijo de Dios es verdaderamente su amigo y que él mismo es uno de aquellos á los que el Salvador decía en la vispera de su muerte: *Jam non dicam vos servos...; vos autem dixi amicos?* (1) Pues bien, este es cabalmente el privilegio de mi santo y sublime estado. ¡Oh vocación celestial! ¡Oh ventura del Sacerdote! ¡Yo soy el amigo de Jesús! ¿Puede haber algo más glorioso y consolador que este título?

PUNTO I

Jesús cumple para con los Sacerdotes las leyes de la amistad más perfecta

No hay más que un sacerdocio: el de Jesucristo, el de los Apóstoles y el nuestro son esencialmente uno solo; este único sacerdocio fué para los Apóstoles y es para nosotros la base de esta divina amistad. En efecto: después de haber consagrado Jesucristo á sus

(1) Joan., XV, 15.